

# JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ-ALLER HIERRO: GUARDIÁN DE LAS ESENCIAS

José CERVERA PERY

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

Voy a irrumpir —siquiera sucintamente— en la vida y la obra de un hombre excepcional, un marino ejemplar que cierra el círculo de los historiadores navales, cuyos logros y objetivos han sido analizados y pormenorizados a lo largo de estas jornadas: el contralmirante José Ignacio González-Aller Hierro, cariñosamente conocido entre la legión de admiradores, en cuya vanguardia me integro, como «Sisiño».

Si los nombres de los protagonistas del programa hubieran asumido la exigencia de la adjetivación, yo no hubiera dudado un momento en calificar a José Ignacio como «guardián de las esencias», porque ese fue el principal matiz de su denso y brillante recorrido en su vertiente cultural y humanística de historiador, investigador, ensayista y polígrafo, aureolado todo ello por su innata condición de hombre de bien, con factores esenciales de una personalidad tridimensional; capacidad de trabajo, claridad de ideas y vocación integradora.

En su amplio y prolífico legado cultural hay profundas raíces que emanan de una fuente inagotable, que supera lo humanamente razonable y recorre diferentes planos: desde el sabio al humilde; desde el erudito al íntimo; desde el proyectista al realizador; desde el inspirado al eficaz. Toda una suma de valores logrados, sustanciales y metódicos.

Yo diría que en José Ignacio prima ante todo una sensibilidad humanística trasfundida en sus libros e investigaciones, sobre el escenario de un trascendente campo de acción donde convergen visión intuitiva y rigor analítico, factores esenciales que determinan y definen su poderosa capacidad creativa.

El contralmirante González-Aller ingresó en la Armada, siguiendo su tradición familiar, el 1 de setiembre de 1954, siendo promovido a alférez de navío el 16 de julio de 1959, promoción en la que figuraba el entonces príncipe don Juan Carlos de Borbón, posteriormente rey de España. Su hoja de servicios lo sitúa en diversos destinos de mar y tierra que no es el caso exponer aquí, pero de capitán de navío mandó el transporte de ataque *Castilla*, en las mismas fechas que quien os habla era auditor de la Flota y permanecía a bordo de su hermano, el TA *Aragón*, en ejercicios y maniobras en las que nos veíamos con



frecuencia y charlábamos de «nuestras cosas», es decir de los vericuetos de la historia naval en sus logros y sus decepciones.

Ascendido a contralmirante fue nombrado jefe de Estado Mayor de la Zona Marítima del Mediterráneo, y de ahí, en plena situación de actividad, se le designó para el desempeño de la dirección conjunta del Museo Naval y del Instituto de Historia y Cultura Naval, que hasta entonces operaban separados (Museo Naval, vicealmirante Buyo, e Instituto de Historia y Cultura Naval, contralmirante Bordejé). Era una prueba difícil y sobre todo inédita, lo que evidencia la confianza que el alto mando depositaba en José Ignacio, en la seguridad de que absorbería el «doblete» con absoluta entrega y sin interferir en las funciones específicas de uno y otro organismo, sino tendiendo lazos de mutua colaboración que el tiempo consolidó con creces.

Yo voy a contemplar al marino historiador, como pide el programa, pero con un bagaje adicional creativo y de gestión que supone además la incursión en el amplio adecuado... Alto y claro, son términos usuales en el lenguaje marino. Alta y clara, rica en matices y logrados frutos, aparece el panel histórico-científico de José Ignacio, cuyo legado testimonial alcanza —no podía ser menos— el calificativo de *cum laude*.

Razones de tiempo y espacio me hacen fijar la atención en cuatro puntos:

- *los siete tomos*, agrupados en diversos volúmenes, de *La batalla del Mar Océano*, en la que, aun siendo una labor de equipo, la aportación de Sisiño, sobre todo en las últimas fases del proyecto, es fundamental;
- *los catálogos del Museo Naval*, que sucesivamente amplían y mejoran su contenido y que en mi opinión eran *el ojito derecho* de su autor, por cuanto en ellos se plasmaba el esfuerzo continuado, con la ampliación y mejora del Museo, con nuevas salas y nuevas aportaciones pictóricas, artísticas bélicas, o de intenso valor sentimental;
- el bellissimo libro *España en la mar. Una historia milenaria*, intenso recorrido de nuestro quehacer naval, de impecable redacción y enriquecido con la belleza de sus ilustraciones;

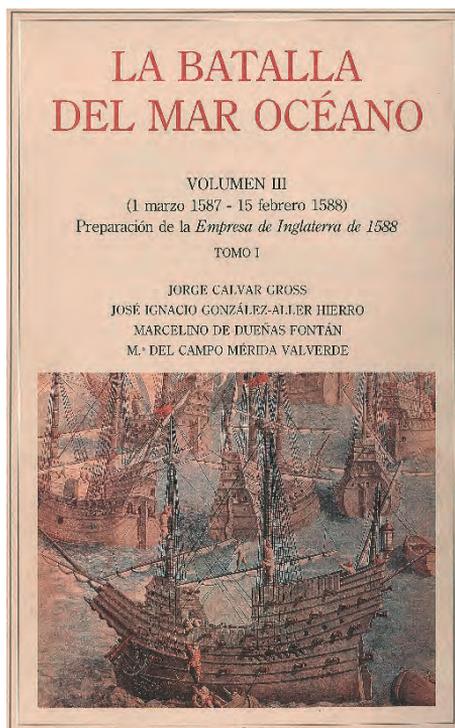
— y, por último, el monumental corpus documental sobre Trafalgar, obra que corona una trayectoria sin parangón en el marco de la investigación histórica, amplísimo vivero de fuentes fundamentales de trascendentes cauces. Creo que bajo estos supuestos —y dentro de mis modestos medios—, podré esbozar la figura, en la riqueza de su marco histórico, de quien fuera mi maestro, mi jefe y, sobre todo, mi amigo.

### *La batalla del Mar Océano*

En 1980, tres jóvenes jefes del Cuerpo General de la Armada (Jorge Calvar, Marcelino de Dueñas Fontán Y José Ignacio Gonzalez-Aller) y la paleógrafa María del Campo Mérida iniciaron los trabajos del hasta entonces más ambicioso proyecto de investigación histórica de la Armada: el estudio y análisis de la Batalla del Mar Océano, también conocida como la Empresa de Inglaterra, que enfrentó a aquellos colosos de su tiempo, Felipe II de España e Isabel I de Inglaterra. La obra se proyectó en siete tomos agrupados en diferentes volúmenes. El primero de ellos, publicado en 1998, estudiaba la génesis de la Empresa en el marco temporal de dos años. Estaba prologado por el entonces director de la Real Academia de la Historia, Antonio Ruméu de Armas, que también era profesor de la Escuela de Guerra Naval, con una introducción a modo de síntesis del corpus a desarrollar, con 518 documentos originales seleccionados entre muchos más pertenecientes al periodo citado. Se trataba por tanto de un trabajo de ordenación, transcripción correcta y, en algunos casos, de reconstrucción fragmentaria de documentos inéditos hasta el momento.

La continuidad de la empresa se vio favorecida con la publicación de los siguientes volúmenes, aunque su edición, por sus altos costes, tuvo paréntesis de retraso, y si bien el grupo sufrió ciertas modificaciones, cabe adjudicar al contralmirante González-Aller la supervivencia del proyecto felizmente culminado, con más de 7.000 documentos transcritos, rematados con una completa cronología ajustada a la más exigente *base de datos*.

La organización de la Gran Armada entrañaba problemas mucho más complejos que los habituales de una operación naval, pues a los derivados de



su propia composición, había que sumar el que planteaba la necesidad de conjugar su esfuerzo con la fuerza expedicionaria que tenía que partir de Flandes, en una época en que las dificultades de comunicación eran en muchas ocasiones insuperables.

## Los catálogos-guía del Museo Naval

El itinerario trazado para los catálogos del Museo Naval responde a una ambiciosa iniciativa y supone la acumulación de muchas horas de trabajo, de una intensa dedicación, de un sentimiento casi de orfebre, a las reformas y mejoras del estamento que tiene su encaje en la catalogación. Bajo su dirección, el Museo crece, se enriquece, se proyecta en nuevas salas, brillantes exposiciones, incrementos de muestrario... De aquí que los catálogos acusen ese aumento en su paginación, ilustraciones y gráficos. La tarea es exigente, y la exigencia, permanente. En el *Catálogo-guía* de 1996 (t. I y II), las páginas son 256; en el tomo III, publicado en 2002, son 420, y en la edición de 2007, nuevamente en dos volúmenes, el total de páginas es de 660. El catalogador había superado una empresa de la que estaba legítimamente orgulloso. Recuerdo sus palabras cuando me entregó el último volumen: «Este es el definitivo. Quédate con él y tira los demás». Naturalmente no lo hice.

La recensión de los catálogos, con su orden de salida, tenía puntual seguimiento en la *Revista de Historia Naval*, en aquella época bajo mi dirección, y de este seguimiento atento y continuado puedo destacar los siguientes párrafos.

«La extraordinaria proyección que el Museo Naval ha logrado tras los últimos años, tras un proceso de notables mejoras y enriquecimiento de su acervo cultural, necesitaba con urgencia un catálogo detallado y concreto, que al margen de ilustrar al visitante y al investigador, supiera despertar el interés por las vicisitudes históricas de todo el impresionante contenido del glorioso recinto, depositario indiscutible de tanta grandeza patria.

Nadie mejor ni más preparado para acometer la empresa, que el almirante González Aller, principal artífice de esta progresiva evolución que ha hecho que el Museo una instalación modélica acreedora de la admiración de propios y extraños. Y así, los tomos del Catálogo hasta ahora publicados, aventuran que se trata de una espléndida contribución al mejor conocimiento y comprensión de tanta historia acumulada».

Santuario de las mejores tradiciones marineras y reconocido depósito de la cartografía, el lienzo, las armas y el instrumental náutico, el remozado Museo presenta la más espectacular remodelación de sus salas de exposición, la notable tarea restauradora de cuadros, tapices, banderas y maquetas, y el incremento coleccionista de las armas de combate y de defensa.

Era de justicia que, con todos estos mimbres, pudiera trenzarse el consabido cesto y quedara constancia de cuanto se había logrado. Justo es que fuese Sisiño, con esa su característica perseverancia —que fue otra de sus virtudes—, quien levantara el acta notarial de tanta grandeza.



Tras la publicación del último catálogo, «el definitivo» según afirmación del autor y opinión de quien esto escribe, compartida por tantos, no solo mejora las ediciones anteriores sino que sitúa al visitante del Museo o al lector del *Catálogo-guía* en los vertiginosos entresijos de la historia naval contemporánea, a través de sus barcos, sus armas, sus hechos y sus hombres.

Magnífico remate de este exhaustivo trabajo, cuyo alcance va mucho más allá de lo que indica su título de *Catálogo-guía*, ya que el texto, además de ser literariamente muy apreciable, ofrece con notable singularidad un cuadro de la complicada historia naval del siglo XX, con especial incidencia en la Guerra Civil española, cuyas facetas navales son tratadas con solvencia y rigurosa objetividad.

Cada sala (antigua, remozada o nueva) tiene su descripción; cada barco, su historia; cada pieza catalogada, su identificación; cada personaje, los rasgos más sobresalientes de su carácter. No puede pedirse más. Y, siendo un texto de fácil lectura, admira la profusión de datos y la exactitud de las catalogaciones, que convierten la obra en absolutamente imprescindible para los estudiosos del tema y los visitantes del Museo —cada vez más abundantes— que quieren saber más acerca de lo que ven y recorrer la nueva sala Almirante González-Aller, en un más que justo y merecido reconocimiento a quien fue parte viva de un nuevo renacimiento.

### ***España en la mar. Una historia milenaria***

Un verdadero lujo visual, un auténtico derroche de luz, color y buen saber, es —tiene que ser— el encuentro con esta maravilla de libro, editado en 1988 bajo el patrocinio de la Comisaría General de España en la Expo de Lisboa y primorosamente compuesto y maquetado por Lunwerg Editores, cercana colaboradora del Museo Naval, que lo incluyó en su colección Ciencia y Mar.

De los muchos valores que tiene el libro —que los posee en abundancia—, destaca esencialmente su estructuración, bien medida y planteada, con la que el autor habrá de afrontar los múltiples aspectos y cuestiones de todo el entramado histórico en que la mar adquiere la auténtica medida de su importancia. De aquí que José Ignacio construya un relato minucioso y puntual, pero ágil y

**ESPAÑA EN LA MAR**  
Una historia milenaria  
José Ignacio González-Aller Hicno



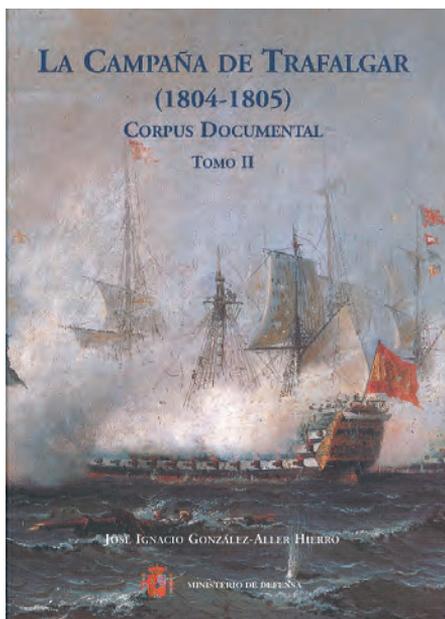
ameno, que se lee con facilidad. Asimismo conjuga la trama general con el análisis particular de numerosos episodios, basándose en fuentes de toda solvencia, tratados e informes contrastados.

Esta interrelación de causas y efectos, con un hilo conductor hábilmente patroneado, contribuye al mayor realce de una obra decisivamente válida, por más que, por fuerza, tiene que sembrar el terror en las estanterías y bibliotecas familiares, en las que sus dimensiones dificultarán sin duda su ubicación; aun así, conviene tenerlo a mano, sin perder norte de cuanto sus páginas contienen. Para mayor realce, el texto incluye también un amplio *abstract* en versión inglesa que le abre nuevos horizontes y diferentes perspectivas de bonancibles singladuras.

### ***La campaña de Trafalgar (1804-1805). Corpus documental***

Es sin duda, para mí, la *opera magna* de José Ignacio González-Aller. Por su magnitud y trascendencia, y sobre todo porque es la depositaria de un legado bibliográfico de valor incalculable. Manuscritos, memoriales, escritos incunables, correspondencia diplomática, juicios críticos, cartografía..., productos de una época, y del devenir histórico a que pertenecen, admirablemente exhumados por la solvencia del investigador. Pero la compilación de todo este patrimonio no ha sido fruto del azar, sino del esfuerzo de quien lo abarcó en toda su inmensidad y, con paciente y generosa dedicación, lo rescató en su integridad.

Con un claro sentido de responsabilidad histórica, el almirante González-Aller ha logrado ensamblar un portentoso corpus documental de la campaña de Trafalgar, escoltado —valga la palabra— por una valoración crítica del tema, desde un estudio introductorio, que constituye sin duda el punto de partida para abrir camino y propiciar nuevas investigaciones que puedan conducir a una mayor y mejor utilización mediática, porque es del todo necesario atraer la atención de historiadores e investigadores, porque en aportaciones fundamentales como este *Corpus* está la memoria histórica de nuestros saberes y nuestros hechos. En ellos se conservan las referencias explícitas de sucesos y personajes de épocas definidas por las luces y sombras que las



conformaron, y en él revive la dinámica de unos hechos en su conjunto, con la riqueza de sus matices, sus diversas perspectivas, sus discusiones y sus conflictos.

A mi juicio, y entrando en el fondo del análisis, hay que distinguir en el *Corpus documental* unos aspectos claramente determinados, interrelacionados entre sí y que perfilan la investigación en toda su dimensión y alcance.

*El aspecto esencialmente político*, propiciado por los condicionantes de la época, que va desde la paz de Amiens hasta el propio escenario del combate. La guerra entre Inglaterra y Francia arrastrará inevitablemente a España, que toma partido por la Francia napoleónica. La embajada de Gravina, salpicada de dificultades; la correspondencia de Godoy, Decrés, Grandallana, etc. clarifican documentalmente los planes de Napoleón y su extraño concepto de la estrategia naval. En esta fase es interesantísima la correspondencia cruzada entre los citados personajes, así como las impresiones del embajador español en la corte de San Jaime.

*El aspecto puramente marítimo*, es decir el papel de la Armada en el conflicto, con el adiestramiento y composición de las diferentes escuadras, los encuentros y combates previos que llevan a Trafalgar, las disposiciones logísticas y de personal, la posición francesa y la impaciencia napoleónica. Documentación importantísima y toda de primera mano.

*El aspecto sociológico*. El comportamiento humano también tiene asignado un importante papel en la campaña. La reacción española ante los planteamientos del irresoluto Villeneuve, el consejo de guerra del 8 de octubre, cartas y opiniones, la controvertida decisión de la salida...

Todos estos conceptos corresponden al estudio introductorio, elemento indispensable para penetrar en el auténtico *Corpus*, que se abre en 1804, contempla mes a mes 1805 y se cierra con el resumen de 1806, comprensivo de toda la documentación manejada y catalogada, con las firmas referenciales y los archivos de donde proceden. Esta primera parte es un vivo testimonio de un riquísimo acervo documental, y en ella el seguimiento del hilo conductor nos permite acceder a la segunda, con los anexos que la complementan y enriquecen las anteriores aportaciones.

*La parte tercera* compendia los servicios en la Armada de los generales y comandantes de los buques que combatieron en Trafalgar, biografías redactadas con sencilla fidelidad.

*La parte cuarta* resume el historial de los navíos presentes en el combate y su destino final.

Un índice onomástico y de buques de las tres armadas contendientes, fuentes documentales, iconografía, partes de campaña, exhaustivo listado de personal, etc., ponen colofón al monumental estudio, trabajo más que meritorio e indispensable para el conocimiento, análisis y valoración de aquella desafortunada campaña en la que España no debió participar.

El *Corpus* es, ante todo, el fruto de una erudición extraordinaria y un esfuerzo clarificador sin parangón hasta los días presentes. La dispersión de los fondos y su difícil localización hacían del empeño una empresa prácticamente imposible. Los archivos —«exprimidos», más bien que consultados, me atrevería a decir— ofrecen una amplísima conjunción temática de muy diversos conceptos, cuyo encauce y ensamblaje precisan de una experiencia y conocimiento fuera de lo común. Los aquí reseñados, Archivo General de Simancas, Biblioteca Nacional, Archivo Histórico Nacional, Archivo General de Palacio, Real Academia de la Historia, Subsistema Archivístico de la Armada (Archivo del Museo Naval de Madrid, Archivo General de la Marina Don Álvaro de Bazán de Viso del Marqués e intermedios de Ferrol y Cartagena), son vivos portavoces de las vías por las que han sido exhumados los fondos utilizados, las consideraciones históricas que han pesado en su elección, así como la disponibilidad de dichos documentos, que acrecientan considerablemente el valor informativo y divulgador de este trabajo.

El *Corpus documental* se convierte así en un eficaz documento de interpretación, pero también en un excelente objeto de reflexión. De aquí su esfuerzo para dejar constancia de las fuentes que comportaron la investigación, unas fuentes de extraordinario valor testimonial, muchas de ellas inéditas, poco conocidas o, salvo en cierto número de casos, escasamente valoradas y hasta reformadas o malinterpretadas en diferentes ocasiones por la superficialidad o frivolidad del tratamiento.

Ciertamente hay estudios muy meritorios sobre la campaña de Trafalgar, sus antecedentes y sus consecuencias (Pérez Cayuela, Agustín Ramón González, Hugo O'Donnell, Franco Castañón), y hasta autores que la han recreado admirablemente en obras de ficción (Arturo Pérez Reverte, José Luis Corral y

Luis Delgado), pero la aportación globalizada del *Corpus* trasciende del relato descriptivo o del análisis a posteriori. Puede decirse por tanto que, tras su publicación, hay un antes y un después en el conocimiento del hecho puntual y concreto de la batalla de Trafalgar.

Un nuevo enfoque histórico apoyado y cimentado firmemente por la transcripción de 1.309 documentos, que recogen más de 1.800 cartas, informes, relaciones, noticias, partes y estados de fuerzas (1804-1806) que figuran en la primera parte de la obra, a la que su autor considera la fundamental y a la que siguen los anexos relativos a aspectos tales como la construcción naval, la artillería, las memorias de los combates de Finisterre y Trafalgar, fuerzas y bajas de ambos contendientes, relaciones de las dotaciones españolas y sus informes reservados, anexos unos basados en la transcripción de documentos —algunos fuera de las fechas límite del *Corpus*— y otros de diversa procedencia que pueden ilustrar al investigador sobre diferentes aspectos de la campaña.

El extracto de los servicios prestados a la Armada por los cuatro generales y quince comandantes que combatieron en Trafalgar integra el cuerpo de la parte tercera. Está basada fundamentalmente en las hojas de servicios de los mencionados, custodiadas en el archivo del Viso del Marqués. Y tras los hombres, los barcos, pues la parte cuarta contiene el historial de los quince navíos españoles que participaron en el combate y las vicisitudes que corrieron en el mismo. Una información correcta y detallada que no deja de impresionar a quien la lee.

Pero no se crea al documentalista anclado sobre un territorio aséptico de simple catalogación. El autor es también crítico de hechos y situaciones, como cuando señala la falta de atención de la Armada a nuestro patrimonio documental, representado en la desaparición del expediente fundamental del combate, que originariamente se encontraba en el archivo de San Fernando y que resultó quemado en circunstancias muy extrañas, lo que denota el poco cuidado con el que se vigilaban los fondos documentales producidos por nuestros antecesores en la Corporación y confiados a su custodia. También hay referencias a los diseños originales desaparecidos de las posiciones de ambas escuadras, hasta que, interpolados los navíos, se redujo el combate a acciones particulares y que fueron enviados por Escaño a Godoy el 17 de diciembre de 1805 con duras reflexiones sobre la acción.

Sin duda hay ensayos importantes, y de alguno de ellos he dado referencias, que tratan de la campaña y el combate de Trafalgar, pero otros se configuran a través de apreciaciones subjetivas no siempre coincidentes y no parecen destinados a hacer historia. Pero tras la publicación del *Corpus documental*, ningún investigador serio de la historia naval española podrá permitirse el lujo de dejar de consultar, una y otra vez, sus densas y compactas páginas, llenas de contenidos esenciales, en cuya virtud todos los investigadores del futuro estarán en deuda con su autor.

## «Sisiño», cercano e íntimo

José Ignacio González Aller tomó posesión de su cargo como director del Museo Naval y del Instituto de Historia y Cultura Naval en 1991 y cesó en 2001. Quien os habla se encontraba entonces en la reserva activa, pero con un triple cometido como jefe del servicio histórico y del departamento de cultura del Instituto de Historia y Cultura Naval y director de la *Revista de Historia Naval*. Mi retiro se produjo en marzo del 92, por lo que estuve a las órdenes directas de Sisiño poco más de un año *de iure*, pero nueve años más *de facto*, pues me quedé «enganchado» en el Instituto como coordinador del Servicio Histórico (cuya documentación se iba transfiriendo al Archivo Bazán) en base a una razonada propuesta de Sisiño al AJEMA y que este (Carlos Vila, amigo desde la infancia) aprobó de inmediato. Años más tarde vendría mi nombramiento oficial de asesor de la dirección del Instituto, pero ya era otro su almirante-director.

Quiere decirse que durante esos diez años de compartida cercanía, en viajes, conferencias, investigaciones, coloquios..., tuvimos un amplio marco de convivencia y compenetración del que podría extraer un amplio anecdotario, surgido del sentido del humor de su protagonista, su acusada personalidad, su sencillez y su talento. Para no abusar del tiempo concedido, pero con el deseo de que no quede incompleta su semblanza, referiré algunas de tales anécdotas.

26 de marzo de 1994. Lima. II Reunión de Historia Antártica. Sisiño y yo somos conferenciantes, y el Pato Viscasillas, secretario del Instituto, nos acompaña. Despiste en los trámites del vuelo, pues no llevamos visado peruano en el pasaporte, que en aquellos momentos se exigía. Desde el EMA se hacen rápidas gestiones y se arregla el contrat tiempo, pero perdemos el avión de Iberia y hay que salir en otra línea (la única disponible), que es la venezolana Viasa, que tiene un itinerario terrorífico (no en balde le llaman «la Lechera»). Escalas en Caracas, Bogotá, Quito, Guayaquil... y Lima. Embarques y desembarques. Traslado de pasajeros. Turbulencias en los distintos espacios territoriales. Y cuando al fin llegamos a Lima, en noche cerradísima, Sisiño se dirige al agregado de Defensa, que nos estaba esperando, y le dice expectante: «Dime qué hora es y en qué día estamos». No era para menos.

22 de junio de 1997. Sanlúcar de Barrameda. La duquesa de Medina Sidonia nos ha autorizado a visitar su excepcional archivo histórico, a pesar de que mantiene un largo contencioso con la Junta de Andalucía. Como yo tengo cierta confianza con ella, de anteriores encuentros, me dedico al charloteo, mientras Sisiño explora las fabulosas estanterías del palacio. Está buscando una signatura, pero de inmediato se coloca a su lado una señora alemana, que es la secretaria de la duquesa, y le somete a un marcaje feroz. Y resulta divertido ver a Sisiño «garreando» sobre sí mismo (y los marinos que me escuchan pueden imaginar la escena) para evitar la colisión y poder «memorizar» la signatura. Algo debió de disgustar a la duquesa, que al término de la visita nos llamó «depredadores».

23 de noviembre de 1998. Medina Sidonia. Actos en homenaje al almirante Cervera en conmemoración del centenario del combate de Santiago de Cuba. Sisiño me presenta un libro y yo doy una conferencia. Los actos duran varios días y estamos magníficamente alojados en un típico mesón andaluz donde Pepe, el mesonero, se desvive por nosotros. Un día nos prepara una berza gitana con todos sus «avíos», como dicen por allí, pero en la tarde nos espera la archivera del Ayuntamiento para mostrarnos los incunables «privilegios rodados» firmados por Pedro I de Castilla. Estamos hojeando tan valiosos caudales, y de pronto veo a Sisiño con la cabeza reclinada sobre el pergamino. Me asusto y llamo a la archivera. Pero no es nada. Simplemente se ha quedado un momento «traspuesto». Y con toda razón me dice: «¿Tú crees que después de la berza de hoy es momento de analizar privilegios rodados? Mejor venimos mañana con un simple cafelito».

18 de octubre de 2005. San Fernando. Actos conmemorativos del combate de Trafalgar. Real Academia de San Romualdo. Presento a Sisiño, que da una espléndida conferencia sobre el tema que ha causado sensación en todos los asistentes. Después nos invitan a un refrigerio en el centro cultural. Pero se apaga la luz, y hay barullo, confusión, molestias... Me lo llevo directamente a la Venta de Vargas, y allí disfrutamos de las papas *aliñás*, las gambas, las tortillitas de camarones y el fabuloso lenguado de estero, que nos sirve María Picardo con su proverbial simpatía. Cuando estamos rematando la faena con el tocinillo de cielo, me dice Sisiño: «Menuda faena si la luz llega a encenderse...»

Este era «Sisiño» (excelentísimo señor don José Ignacio González-Aller Hierro): cercano e íntimo, afable en su inteligencia, modesto en su día a día. Yo me lo imagino ahora en las escribanías celestiales, en la búsqueda de nuevos documentos en los que la presencia de Dios valide y autentifique su impecable trayectoria terrenal en el tránsito hasta la vida eterna.